

“LA MANTA RASGADA”

Salían los chiquillos correteando alocadamente de la Escuela como una pollada de perdigones recién salidos del huevo con la espalda sobrecargada por la habitual mochila repleta de libros y otros enredos,. Aquel día, como tantos otros, el abuelo había acudido a la puerta del colegio para recoger a su nieto y llevarle a casa de los padres. El chaval llegaba invariablemente dando trompicones, con las manos llenas de polvo de tiza hasta tropezar con él y blanquearle los pantalones del impoluto traje azul marino que le gustaba vestir al viejo. El padre, como estaba trabajando a esa hora, no podía cumplir con la cotidiana misión de ir a recogerlo, y la madre, siempre atareada en los quehaceres domésticos, prefería ayudarse del suyo para esta obligación diaria.

Sacudiendo a manotazos el blanco recientemente incorporado al traje, y renegando una vez más como tenía por costumbre, le cogió suavemente por una oreja y le dijo que esa mañana no le llevaría a su casa porque había convenido con sus padres en que iría a comer con él y con la abuela en la suya.

Tenía el hombre cumplidos setenta años; estaba jubilado y ya no trabajaba, así que, aparte de la sufrida misión de llevarle y traerle del colegio a diario, y verse puesto perdido de tiza, empleaba también sus días en pasear por los alrededores del puerto, para disfrutar del sol y respirar la brisa marina que tanto le gustaba; unas veces lo hacía solo, y otras en compañía de algún amigo jubilado como él. Como todo abuelo que se precie, Casiano presumía siempre ante sus contertulios de tener el nieto más guapo, más inteligente y más fuerte del mundo conocido y por conocer, así que los días de fiesta sin colegio, le recogía por la mañana en su casa y se lo llevaba de paseo por el puerto para ver los barcos y también para que sus amigos supieran lo listo que era.

La razón por la que todos los años, en esa fecha, tenía la costumbre de invitar a Soché a comer con ellos, era porque el 15 de Mayo día de San Isidro Labrador se celebraba la fiesta mayor y única de su pueblo. Cañada Juncosa era una pequeña localidad de la provincia de Cuenca, de no más de seiscientos habitantes, en la que había nacido, se había criado, y de la que, recién casado con la abuela, había tenido que emigrar porque una plaga de filoxera que se extendió por aquella zona estaba arruinando por completo los

viñedos de cuyo cultivo había vivido holgadamente hasta esa fecha. Este contratiempo le obligó a buscar trabajo donde quiera que lo pudiera haber, y sin pensarlo demasiado, se desplazó a la Estación de Ferrocarril que tuvo mas cerca para adquirir un billete en el primer tren que parase cualquiera que fuera su destino. De este modo fue a parar a bastantes kilómetros de distancia de su pueblo allá muy cerca de la costa, junto a una gran masa de agua que jamás había conocido tan grande y tan azul en ninguno de los pantanos conocidos hasta la fecha. Allí resolvió su vida trabajando en lo que otros lugareños no querían hacer. Los principios fueron duros y difíciles; pero pronto estabilizó su situación laboral y se llevó con él a la entonces joven abuela Ana Maria. En aquella nueva tierra; entre nuevas gentes y costumbres, se integraron poco a poco arraigando y fundando pronto una familia.

Cuando entraron en la casa, la abuela Ana María tenía ya la mesa puesta y lo primero que hizo, después de darle un beso, fue inspeccionar las manos de su nieto para obligarle a lavárselas con agua y jabón antes de sentarse a la mesa; invariable operación de limpieza que siempre suponía para Soché un enorme sacrificio. Cuando volvía de su operación de limpieza manual vio que el abuelo bajaba de lo alto del antiguo guardarropa que había en su dormitorio, una destartada caja de cartón rizado, que excitó su curiosidad infantil por saber qué misterio podría encerrar en su interior. Pronto descubrió que dentro de ella había una clásica y antigua guitarra española protegida por una funda de lona con bandas rojas de la que antiguamente se usaba en la confección de costales para el trigo.

Casiano la sacó ceremoniosamente de su envoltorio como si de un rito se tratara y ayudado de una gamuza limpia comenzó a limpiarle el polvo con tal suavidad y cuidado que más parecía que la estuviese acariciando con nostalgia. Después fue ajustando sucesivamente cada una de las diversas clavijas con las que atirantar y afinar las cuerdas. Finalmente entró al dormitorio de matrimonio y la posó delicadamente sobre la cama de donde la recogería después de terminada la comida.

No comprendía Soché si era pura casualidad o que al ser un año mayor, prestaba más atención a estas cosas porque en esta ocasión observó que en el fondo de la caja, y debajo del sitio donde estuvo alojada la guitarra, había quedado doblada cuidadosamente entre bolas de naftalina una gruesa manta de color pardo oscuro muy parecida a las que antiguamente

recibían los soldados de reemplazo cuando llegaban a los cuarteles; pero en ella se advertían cortes y rasgaduras en los que él jamás había reparado anteriormente, y que al parecer nadie había querido remendar ni coser nunca,

Con la curiosidad impertinente e irreflexiva de los pocos años, el chaval sacó la manta de la caja y se la llevó al abuelo preguntándole por el motivo de que estuviese así de rota y la razón de que la abuela no la hubiese cosido. Tenía Casiano un pronto fuerte y rotundo, y aunque siempre había sentido debilidad por su nieto preferido, le arrebató enojado la manta de entre las manos y con alguna que otra palabrota malsonante volvió a doblarla cuidadosamente y la colocó de nuevo en su caja sin darle ni una sola explicación. Aquellas maneras con las que había sido tratado no le sentaron nada bien al nieto, quien a partir de ese momento optó por hacerle el serio al abuelo no contestándole cuando le hablaba y si lo hacía era de mala gana. Este debió darse cuenta de que se había comportado con él demasiado bruscamente y para tratar de enmendarlo le cogió cariñosamente por los hombros y, dándole un beso en la mejilla, comenzó a hacerle cosquillas y a cogerle las orejas como en otras ocasiones, mientras le susurraba al oído en voz baja que: cuando fuese mayor ya le explicaría todas estas cosas que ahora quería saber.

Ese día tan señalado para la abuela, siempre cocinaba el cocido tradicional del pueblo: primero la sopa de fideos, después los garbanzos y la verdura y finalmente la morcilla los chorizos y la carne. El vino tinto se ponía en la mesa dentro de un porrón de vidrio en el que los abuelos bebían a gañote sin que se les escapara una sola gota; pero con el que Soché regaba el mantel cada vez que se empeñaba en beber como lo hacían ellos al verter más vino fuera que dentro de su boca. Siempre se amenizaba esto con las risas y el cachondeo del abuelo y el renegamiento medio en broma de la abuela por tener que lavar después las manchas. Ni que decir tiene que con estas cosas y otras por el estilo, Soché suponía en sus vidas un aliciente y una distracción que les hacía recordar otros momentos en que tenían a los hijos aún pequeños bajo el techo de su casa. La estancia con ellos de ese nieto suponía un hito de alegría en la monótona sucesión de días rutinarios propios de un matrimonio que, consciente de haber cumplido su misión familiar y social, contemplaba ya, impasible, la vida desde la última vuelta del camino.

Después de la comida, el abuelo le llevaba a la cocina para que aprendiese cómo, en una especie de lebrillo de cerámica provisto de varias

tacitas a su alrededor, preparaba una mezcla de vino tinto, fruta, canela y azúcar, a la que él llamaba “cuerva” y sobre la que nunca pudo comprender la razón de ese nombre si aquello no era de color negro como el de los cuervos, sino de un rojo precioso. Su sabor era para él tan riquísimo y dulce, y lo ponía tan alegre, que no entendía el motivo de que no le dejaran beber más que un pequeño vaso de aquel brebaje. Tras la preparación de la “cuerva” sacaban del cajón del aparador unos botes de hojalata en los que había cacahuets, almendras saladas, garbanzos tostados, peladillas y algunos trozos de turrón, comprado todo el año anterior en ese mismo día de la feria de su pueblo.

Únicamente en años alternos por San Isidro viajaban a su tierra los abuelos. El año que iban, se traían todas esas chucherías compradas en los puestos que había en la Plaza. El siguiente año, tendrían que celebrar ese día en su casa de la costa, y aunque ya un poco rancias esas cosas ayudaban a traer a su memoria todo lo que en esos momentos les quedaba tan lejos. El único tema de conversación de la jornada se refería siempre a hechos y recuerdos de personas cuyos nombres o apodos a Soché le resultaban desconocidos. Cuando a veces les veía callados, respetaba su silencio porque le constaba que solo mirándose añoraban el lugar de sus raíces, el monótono pitido y redoble del “tamboril” acompañando al Santo en la procesión; la subasta del privilegio de “correr la bandera” en la explanada de la iglesia; y a los pequeños “guachos” afanándose y luchando entre sí por hundir sus manos en los capazos repletos de frutos secos del “puñao”.

Mediada ya la tarde y una vez que sobre la mesa estaba servida la “cuerva” y preparada en varios platillos toda aquella cascaruja del año anterior, Casiano hacía que Ana Maria se sentase junto a él, y tomando la vieja guitarra entre sus sarmentosas y trabajadas manos comenzaba a pellizcar las cuerdas mientras recitaba una tras otra las sugerentes estrofas de una tradicional canción monocorde, casi litúrgica, con un punto de erotismo encubierto con la que desde muy antiguo los mozos de los pueblos alababan y ensalzaban los atributos femeninos y encantos personales de las mozas a quienes iban dedicadas. Se trataba de los “Mayos” cuyas estrofas comenzaban siempre en sus halagos glorificando el cabello de la destinataria y continuaban luego descendiendo por todas y cada una de las partes de su cuerpo hasta terminar finalmente en los pies.

Que el abuelo cantaba muy bien era cosa de la que nadie podía dudar; tenía una buena voz de barítono bien timbrada, aunque a veces resultaba algo trémula quizás debido a los muchos años que ya llevaba encima, o tal vez por la emoción que sentía y trataba de ocultar cuando lo hacía tan lejos de su tierra y aún más lejos de su juventud. Ella, mientras tanto, con el nieto recogido entre sus brazos, permanecía callada escuchándole cantar atentamente. A veces desviaba los ojos hacia el suelo cuando el “Mayo”, en su lírico recorrido, iba llegando a partes de su cuerpo que podían, a su juicio, no ser conveniente que las escuchase un niño. En esos momentos no tenía delante un espejo que le hiciera ver las acusadas arrugas de su cara y las abundantes canas de su pelo. Sintióse aún moza, seguro que pensaba que a quien tenía ahora entre sus brazos era uno de aquellos hijos, hoy ya mayores, a cuya crianza y atención dedicó su juventud. Cuando el abuelo terminaba de cantarle los “Mayos” a la abuela, ambos quedaban mirándose muy callados uno al otro mientras sus ojos acababan iluminándose con el brillo de alguna lágrima que pugnaba por evitar su rápida y vergonzosa caída mejillas abajo.

Desde muy temprana edad y a lo largo de toda su vida, Casiano y Ana Maria no habían hecho otra cosa que trabajar en el campo y en lo que se terciara para allegar recursos a la casa y sacar adelante a la familia. Tenían por lo tanto muy pocos conocimientos y escasa cultura; pero a Soché le constaba que se habían querido siempre como a pocos viejos les había visto hacerlo en toda su vida. La familia no se daba cuenta de ello, ni siquiera lo apercibían; pero él tuvo la suerte de ser testigo privilegiado para comprobar que, por debajo de su incultura y de su rusticidad algo primitiva, habitaba un profundo sentido de la vida y las personas y un espíritu romántico y sentimental a su modo que, por timidez o por respetos humanos, siempre procuraron ocultar vergonzosamente ante los demás.

Habían tenido otros nietos; pero él pensaba que, tal vez por haber sido el único que siempre les había acompañado a celebrar esos emotivos días de la fiesta de su pueblo, era por lo que gozaba de su completa preferencia. Le llamaron siempre “ Soché” y no porque se llamase así, sino porque en su lejana juventud habían tenido un hijo al que llamaban de ese modo y solo tenía seis años cuando murió de una enfermedad progresiva. Según ellos este nieto era en todo la viva reencarnación de aquel, y esta era una buena razón más para su predilección.

Pasaron varios años alternos celebrando juntos ese día con la misma ilusión; los mismos cocidos de garbanzos, el mismo vino en porrón, la misma cascaruja, los mismos “Mayos” a la guitarra, y Soché cada vez menos niño y sus abuelos cada vez más viejos. Uno de estos días, y tras de haber bebido algunos vasos de “cuerva” se decidió a preguntarles si consideraban que era ya lo suficientemente mayor como para saber la historia que un día le prometieron sobre la vieja manta rasgada y llena de cortes que guardaban en lo alto del ropero. Casiano miró a Ana Maria como inquiriendo de ella si lo hacía, y su respuesta fue la de que no se hiciera más de rogar; Soché iba ya teniendo edad para saberlo todo.

Cañada Juncosa y La Atalaya eran dos pequeños pueblos cercanos en los que Casiano y Ana Maria habían nacido, habían crecido, y se habían criado. Al poco tiempo de haber finalizado su servicio militar y estar reincorporado de nuevo a la familia y al trabajo en el campo, quiso Dios, la casualidad, o lo que fuese, que durante las fiestas de Cristo Rey ambos se conocieran. Él tenía entonces veinte años y era un mozo de buena estatura y fuerte complexión; pelo rubio y lacio; ojos claros algo leonados, y con esa arrogante presunción propia de algunos seres que andan por la vida convencidos de que el mundo se ha hecho para ellos. Ana María tenía solamente diecisiete años; pelo negro recogido en una trenza, y tez morena; ojos negros; mediana estatura, buen cuerpo y una mezcla de timidez y picardía femenina de esas que tanto suelen gustar a los hombres de carácter dominante. Quizás por aquello de la complementariedad en el amor o de aquello otro de que” el hombre es fuego y la mujer estopa y viene el demonio y sopla.”, la realidad fue que muy pronto se convirtieron en unos novios firmemente dispuestos a casarse.

Cada tarde, cuando Casiano volvía del campo, efectuaba rápidamente su aseo personal y, después de haber cenado, colocaba a toda prisa la cabezada y el baste a una de las mulas que ya se sabía el camino, y salía al trote sobre ella hacia el vecino pueblo de La Atalaya que distaba de allí solo dos leguas. Las noches solían ser frías con abundante relente, y para preservarse de ello sobre todo a la vuelta, se abrigaba con una gruesa manta que le protegía a la vez el cuerpo y a la guitarra con la que solía rondar ante la ventana de Ana María. Además de su buena voz para cantar tenía también una gran creatividad e ingenio para improvisar los textos de sus canciones, por lo que cuando ya de madrugada volvía de festejar con la novia, se acompañaba cantando a media voz

todas y cada una de las estrofas de los “Mayos” además de alguna otra que se inventara sobre la marcha. No lo declaró nunca; pero más que nada lo hacía para disimular el temor que le imponía, a esas horas, cuando tenía que pasar a oscuras a todo lo largo de la tapia del cementerio. Casiano siempre le tuvo mucho más miedo a un muerto que a todos los vivos juntos.

Era costumbre entre las gentes de la tierra que cuando un mozo “tomaba novia” en un pueblo distinto al suyo, tenía que dar a los solteros del mismo una merienda a lo que llamaban “pagar la patente”. Ana María, en este caso, había despreciado los requerimientos de todos y cada uno de sus paisanos. Había elegido a uno de fuera, y estos no estaban de acuerdo en que esa relación siguiera adelante. La oposición cerril y excluyente fue aumentando porque noche tras noche se sucedían las amenazas de unos y las bravatas cantadas a la guitarra por el otro, negándose rotundamente a pagar por la tremenda “patente” alguna.

Una de esas madrugadas, cuando retornaba a su casa, le salieron al paso cuatro mozos provocándole navaja en mano para obligarle a que se apease de la mula; iban a ajustarle las cuentas por los desafíos que les lanzaba cantando cada noche cuando, terminado el cortejo en la ventana, daba una vuelta por las solitarias calles del pueblo antes de salir vereda adelante hacia el suyo. Casiano podría ser otra cualquier cosa en este mundo; pero de cobarde o timorato nunca tuvo nada, y ante tal requerimiento echó parsimoniosamente pié a tierra y encarándose con los cuatro les preguntó qué precisaban. Ellos le retaron a que si era hombre y tenía cojones les cantase allí mismo alguna de esas coplas nocturnas con las que solía desafiarles por las calles del pueblo. Casiano colgó la guitarra en el baste de la mula y comenzó a cantarles una de ellas mientras enrollaba en su brazo izquierdo la manta que se había quitado del cuerpo. Esta nueva chulería hizo que los mozos se lanzaran navaja en mano sobre él con el firme propósito de matarle allí mismo. Casiano se defendió como pudo empleando el brazo de la manta para cubrirse de las navajas y el otro para atacarles a puñetazos. Bastaron solo unos minutos para que pudiera hacerse con la de uno de ellos y ponerles a todos en fuga. Esa vez llegó a su casa con algunas heridas superficiales por el cuerpo, y en la manta, que le había providencialmente salvado la vida, llena de cortes y rasgaduras por los numerosos navajazos que había recibido y parado en la refriega

A la noche siguiente volvió a cortejar en la ventana como siempre; pero hizo saber en sus coplas que iba provisto de navaja por si alguno quería salir a verlo como la otra vez. Esa madrugada no salió nadie a esperarle ni tampoco en las que vinieron después. Un buen día comentó en la taberna que ya por las buenas estaba dispuesto a pagar a los mozos la “patente” que pedían. Les dio una gran merienda a la que paradójicamente acudieron la mayor parte de ellos y en la, que reprochándose todo lo ocurrido anteriormente, se dieron mutuas disculpas quedando todo en paz.

Poco tiempo después fue la boda en la iglesia de La Atalaya, y la merienda se celebró en la casa de Ana Maria a las que asistió casi todo el pueblo. Se fueron a vivir a Cañada Juncosa y después vino todo lo demás: la casa, el trabajo en el campo, los hijos, la plaga de filoxera en las viñas, la emigración a la costa, los nuevos trabajos, los nuevos hijos; los años, los nietos, la vejez, y siempre los “Mayos” dedicados a la abuela Ana Maria cada día de San Isidro; y siempre allí en lo alto del guardarropa, como un sagrario de cartón, la caja con la guitarra y la manta rasgada.

Pasaron así los años y llegó uno de ellos en el que no pudieron viajar al pueblo porque el abuelo se encontraba postrado en cama afectado de una enfermedad intestinal preocupante. Se empeñó tercamente en que fuera Soché quien le sustituyera en esa coyuntura para hacer el viaje en su lugar. Esto le dio la oportunidad de visitar y conocer a cuantos parientes y amigos saludaba aquel cuando había ido cada año. Procuró no olvidarse tampoco de comprar en las casetas feriantes de la Plaza todo cuanto le encargó que trajera para el siguiente año, y pasados los cuatro días que duraron las fiestas en el pueblo volvió de nuevo a casa.

El abuelo, en esos días, había empeorado mucho y estaba prácticamente agonizando. Durante todo el tiempo no había cesado un solo momento de preguntar por él. En la habitación estaban todos sus hijos e hijas con los respectivos consortes y algunos de sus nietos mayores; pero, manteniendo fuertemente agarrada la mano de Soché, como si se resistiera a irse de este mundo separándose y dejándole a él aquí, se esforzó hasta el último momento en escuchar las vivencias que su nieto preferido había pasado en el pueblo durante esos cuatro días. Sabía que se moría y llamó a la abuela a su lado para decirle, en voz muy baja, unas cuantas palabras al oído. Ana María, ayudada por uno de sus hijos mayores bajó la gastada caja de cartón y, dejando dentro de ella

la guitarra, sacó la vieja manta rasgada para que, desplegándola y envolviendo con ella su cuerpo, fuera el sudario con el que quiso ser enterrado.

Ese mismo año, Soché no quiso faltar a comer con la abuela el día de San Isidro como había hecho siempre. Ella había decidido vivir sola mientras su salud lo permitiera; pero la enorme personalidad del desaparecido abuelo había dejado en el ambiente de la casa un hueco tan difícil de llenar que en todo instante se presentía su presencia de tal manera que daba la impresión de que se le iba a ver por allí en cualquier momento. Ana Maria se esforzó durante toda la jornada en disimular ante su nieto la tristeza que sentía; pero cuando llegó la hora en que este se tenía que marchar, tímidamente le sugirió que la acompañase a cenar y a dormir allí con ella porque esa noche no quería quedarse sola.

Serían ya las primeras horas de la madrugada cuando Soché vio interrumpido su sueño por un rasguear de guitarra que le resultaba familiar. Puso más atención a lo que estaba oyendo y no le cupo la menor duda de que allí mismo, muy cerca de su habitación, alguien tocaba cadenciosa y suavemente esos "Mayos" que desde su más tierna infancia todos los años había oído salir ese día de la guitarra de su abuelo. Ni que decir tiene, que, tal situación le produjo un estado de ánimo mezcla de estupor y absurda cobardía, por lo que se pudiera encontrar si, levantándose de la cama, salía al comedor a ver lo que era aquello. Nunca había creído en las historias que tantas veces había oído relatar a sus abuelos sobre espíritus de muertos habitando entre los vivos; pero lo que estaba viviendo esa noche era distinto. Se sentía avergonzado porque sin atreverse a salir de la cama estaba temblando de pies a cabeza. La abuela, que estaba placidamente dormida en la suya, no sabía tocar la guitarra, y en la casa no había nadie más que pudiera hacer algo así. Encendió la luz de la mesilla y, haciendo de tripas corazón, salió al comedor; los "Mayos" habían dejado de sonar, y una fuerte impresión le recorrió todo el cuerpo porque sobre el respaldo de una de las sillas cercanas a la mesa, se encontraba apoyada la vieja guitarra que desde la muerte del abuelo nadie había vuelto a tocar. Estaba seguro de que la noche anterior había quedado, como siempre, dentro de su caja en lo alto del armario, y ahora estaba allí fuera.

Volvió a acostarse sin dejar de darle vueltas al asunto. A la mañana siguiente le despertó la abuela preguntándole contrariada por qué razón había sacado la guitarra de su caja. La colocó en su sitio y eludió la respuesta

para evitar contarle nada sobre el extraño suceso que había vivido esa noche. Lo hizo así por no asustarle y porque nunca llegó a estar demasiado seguro sobre si los “Mayos” que había oído tocar en la guitarra aquella madrugada siguiente al día de San Isidro, fueron realmente interpretados por alguien, o solo fue el producto de una extraña pesadilla suya, pero aun siendo así, le inquietaba mucho también la pregunta que nunca se atrevió a responderse a sí mismo: ¿Quién la habría podido sacar de la caja para después dejarla allí fuera a la vista de todos y para qué?

Siempre había estado muy compenetrado con ese abuelo, y ahora, en numerosas ocasiones, encontrándose solo, había sentido su presencia junto a él de un modo muy intenso. No creía en esas cosas; pero en el subconsciente, y muy a su pesar, anidaba la convicción de que este no había querido que a la abuela Ana María le faltasen, en esa fecha, los piropos y el requiebro de sus “Mayos”.

La presunción de que en todo esto había algo extraño que escapaba a la imaginación y a la razón, resultó más acusada cuando la abuela lo llamó aparte para enseñarle, confidencialmente, un pequeño trozo de paño oscuro que guardaba en el cajón de su mesita de noche. Le confesó con voz entrecortada por la emoción que, unos días antes de la separación definitiva, y con la intención velada de tenerlo siempre junto a ella, había recortado con unas tijeras ese pequeño trozo de la manta rasgada que al abuelo quiso llevarse consigo en su último viaje.

LA MANTA RASGADA

RAICES